

La feria de los días

I

El final de 1962 nos encuentra en un extraño estado de ánimo. Numerosos incidentes que aún no se borran del horizonte, junto a la sombría eventualidad de sus consecuencias, hacen que la próxima Navidad albergue sentimientos no muy optimistas en lo que se refiere al futuro del género humano.

II

No soy el primero, y por cierto no seré el último, que se pregunta si nuestra orgullosa estirpe ha desembocado en la franca locura. Todo parece indicarlo así. En vez de aferrarse a la vida, procurando enriquecerla y ennoblecerla, muchos parecen obstinarse en el camino del suicidio colectivo. Miran con lástima o desprecio a quienes atreven voces de alarma, pobres "tibios" que así se estrellan frente a un muro de valiente y decidida ceguera y de gallardo afán exterminador. No hay nada que hacer: en nuestro mundo el valor y la voluntad se demuestran jugando a la ruleta rusa; aquellos que no quieran entrar en el juego están destinados al infierno de los indecisos.

III

Tanto peor; yo no logro envidiar el viaje espontáneo hacia el otro infierno: el de los suicidas rotundos. Por mi parte seguiré predicando —aunque sea simbólicamente— en este desierto en que se halla refugiado, con el amor a la vida, el viejo anhelo de la solidaridad humana en ambientes de paz y equilibrio.

IV

Y sospecho —Dios me perdone— que la cobardía está del otro lado: en el desorden establecido que abre las puertas a la nada; en el desahogo puro; en la palabrería gastada que ahoga el juicio y la comunicación. Los desplantes del valentón de cantina sólo encubren un hondo miedo de sí mismo. Los alardes de fuerza, practíquenlos los individuos o las naciones, traicionan una débil pusilanimidad que rehúye las armas comprometedoras de la razón.

V

¡Qué fácil resulta la invención de chivos expiatorios! ¡Y qué cómoda! En ellos descargamos con el beneplácito ajeno nuestras propias responsabilidades. El nazismo fabricó

el mito del judío como culpable absoluto. Hoy el dedo acusador del blanco señala al rojo, y éste se lava las manos en la denuncia de aquél. La propaganda nos enajena. La verdad y la justicia se han vuelto conceptos vacíos que todos manejan, enarbolan y declaman, sin respeto alguno a sus originales significados.

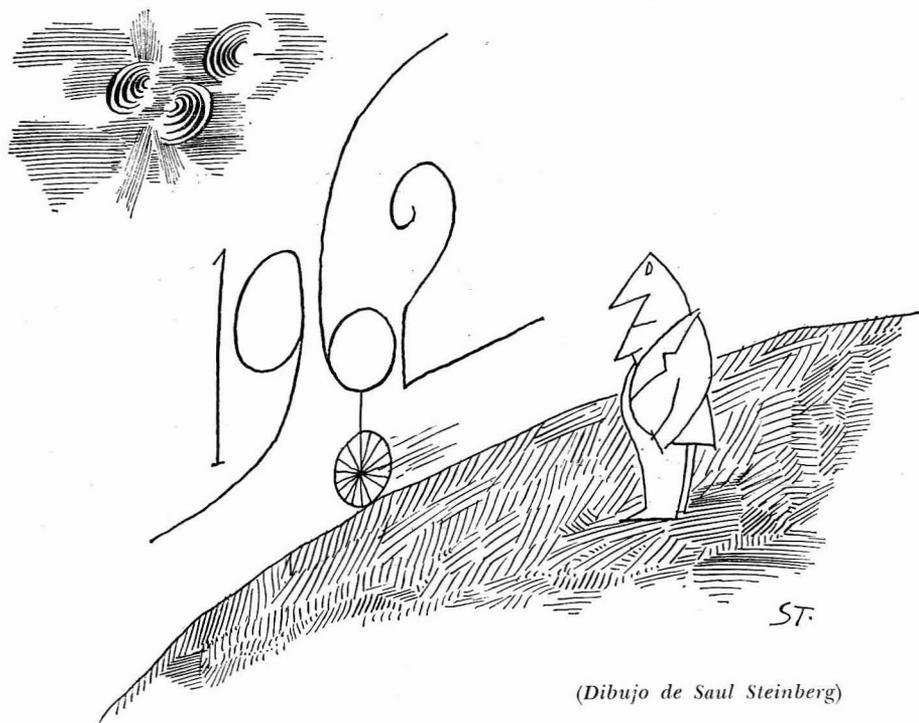
VI

Sé muy bien que hay lides nobles y antagonismos inevitables. Pero no se concibe plantear en esos términos la perspectiva contemporánea de un conflicto bélico. Ni los intereses equívocos que se debaten conciernen a nuestras realidades fundamentales, ni la guerra —y éste es el argumento supremo— traerá consigo solución alguna.

VII

La única valentía genuina radica en hacer frente a la vida mediante el ejercicio, arduo a menudo, de una decisión clara y racional, naturalmente encaminada al mejor entendimiento del hombre con el hombre. Lo demás es fuga, crimen de lesa hombría.

—J.G.T.



(Dibujo de Saul Steinberg)